

La introducción de la vacuna en México *

Por el Dr. Francisco FERNANDEZ DEL CASTILLO,
académico de número

Refieren los primeros cronistas que, en el año de 1520, llegó a las playas de Veracruz, con Pánfilo de Narváez, un negro esclavo enfermo de viruelas que contagió a los indios, entre los cuales brotó una espantosa epidemia a la que se llamó "hueyzahuatl".

Bernardino Sahagún nos cuenta que "El décimo señor que fué de México se decía Auitlava (Cuitláhuac) y tuvo el señorío ochenta días, cuando ya los españoles estaban en México; y en tiempo de éste acaeció una mortandad o pestilencia de viruelas en toda la tierra, la cual enfermedad nunca había acontecido en México ni en otra de esta Nueva España según decían los viejos, y a todos afeó las caras, porque hizo muchos hoyos en ellas; y eran tantos los difuntos que morían de aquella enfermedad, que no había quien los enterrara por lo cual en México los echaban a las azequias, porque entonces había muy grande acopio de aguas y era muy grande hedor el que salía de los cuerpos muertos".

En otro capítulo dice: "Esta pestilencia mató gentes sin número, muchas murieron de hambre porque no había quien pudiese hacer comida; los que escaparon de esta pestilencia quedaron con las caras ahoyadas y algunos ojos quebrados, duró la fuerza de esta pestilencia sesenta días y después que fué aflorando en México, fué hacia Chalco".

A partir de entonces, las epidemias de viruelas se sucedieron durante mucho tiempo en México, con frecuencia desoladora. Durante el siglo XVIII sus proporciones fueron atterradoramente lúgubres.

En 1763, mientras los ingleses tomaban el Puerto de La Habana y México se aprestaba a la defensa de sus costas, 10,000 almas perdía por las viruelas.

En agosto de 1779, gobernando a la Nueva España el Virrey

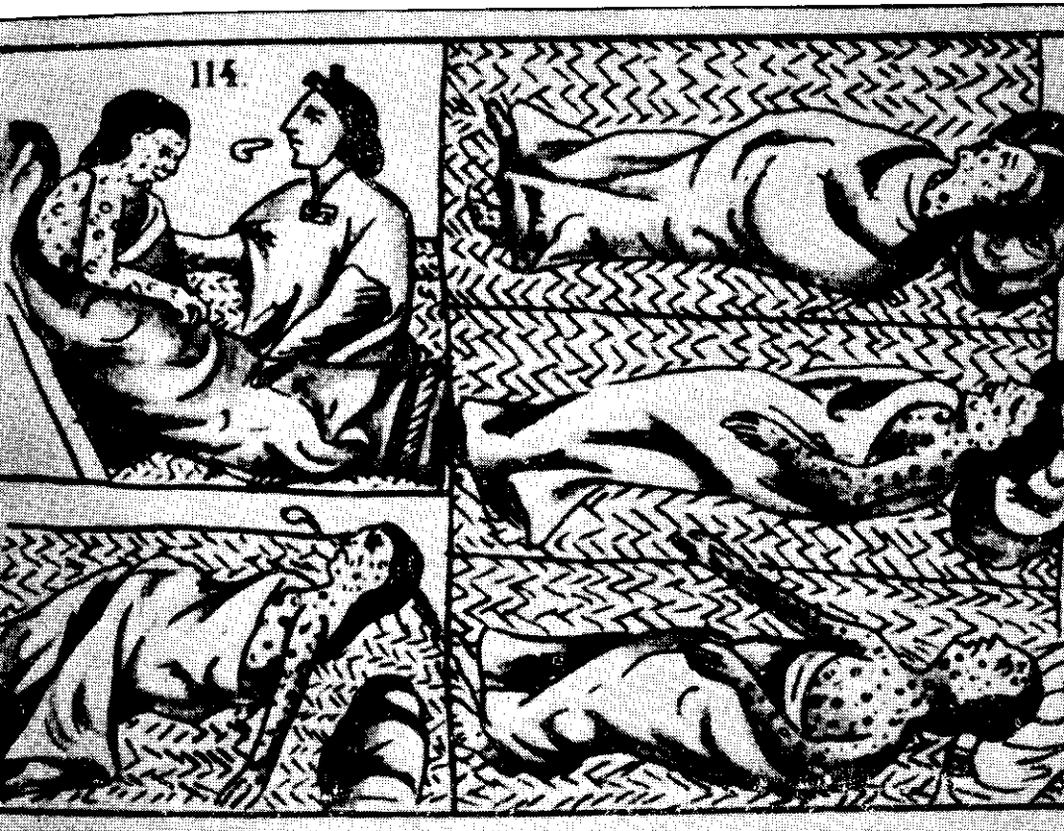
(1) Leído en la sesión del 29 de mayo de 1946, en que la Academia conmemoró el 150º aniversario del descubrimiento de la vacuna contra la viruela.

don Martín de Mayorga, tan sólo en la Capital fueron atacadas por la misma enfermedad, 44,286 personas, de las cuales murieron 8,820. Según los datos recabados por las autoridades de entonces, de las víctimas, solamente 7,566 podían valerse de sus propios recursos, quedando 36,720 atendidas a la caridad. En carta del 27 de diciembre del mismo año, el virrey expresaba que “No se veían en las calles sino cadáveres, ni se oían en toda la ciudad sino clamores y lamentos. Llegó mi congoja y desconsuelo —continúa— a un grado muy superior; veíame en los principios de mi gobierno . . . rodeado de las calamidades y clamores del público; declarada la guerra (con Inglaterra), entretenido en los preparativos de la defensa. . . y en la habilitación de los importantes socorros a la Habana, Campeche, Manila y Nueva Orleans . . . debería sin duda haber tenido mi espíritu un funesto estrago, a no mirarme por otro lado tan lleno de auxilios”. Esos auxilios fueron los del Arzobispo D. Alonso Núñez de Haro y Peralta, los de los Ayuntamientos, Tribunales, autoridades secundarias y el pueblo en general.

Es justo hacer notar las providencias del buen Arzobispo Núñez de Haro y Peralta, quien dotó, de su propio peculio, el edificio del antiguo Colegio de San Andrés, que había pertenecido a los padres jesuitas recientemente expulsados. El edificio fué convertido en hospital, el cual, pasada la epidemia, subsistió como Hospital General hasta el año de 1905, en que fué terminada la construcción del actual. La arcaica casona fué la sede, durante más de un siglo, de la educación clínica mexicana, y por ella desfilaron multitud de médicos que honraron a nuestro país durante el siglo pasado.

Mejor consejero no podían tener ni el Virrey Mayorga, ni el Arzobispo Núñez de Haro, que don José Ignacio Bartolache. Este médico perteneció al reducido grupo de sabios que a fines del siglo XVIII florecieron en México; pudiendo citar entre ellos a don José Antonio Alzate, y a León y Gama, de vasta ilustración, de criterio independiente y de espíritu innovador compatible con sus profundas creencias religiosas. Bartolache, antiguo Profesor de Medicina de la Universidad, conocido también como matemático y como filósofo, escribió para el efecto, unas “Instrucciones

LA INTRODUCCION DE LA VACUNA EN MEXICO



La primera epidemia de viruelas en México, según el Códice Sahagún.

para la curación de las viruelas”, que comprendían tres puntos: Primero: Qué son las viruelas. Segundo: Cómo se curan bien las viruelas. Tercero: Cómo no deben curarse las viruelas. Para la primera parte, Bartolache adoptaba, como era natural, la creencia de su época en el sentido de que la enfermedad era provocada por materias que el organismo debería purgar; sin embargo, el cuadro clínico de la enfermedad era correcto, así como su distinción con la varicela y la noción de inmunidad adquirida. En el segundo desechaba la polifarmacia y terapéutica agresiva de sus contemporáneos; recomendaba pocos medicamentos y medidas higiénicas. En el tercero decía textualmente: “De infinitos modos se puede “errar, con cualquier cura, aunque en pocos se verifica que haya “muchas maneras de acertar. Hablando de viruelas, digo que “generalmente se errará con amontonar medicamentos y variar “todos los días por complacer a los intensudos que gustan de eso, “especialmente las mujeres”. Critica sangrar sin mucho cuidado, etc.

El año de 1797 se presentó una nueva epidemia. El mismo Bartolache repitió sus instrucciones, que fueron profusamente repartidas por el país. Por aquel entonces había resurgido el viejo método de la inoculación, que practicado, según se dice, por los chinos desde la más remota antigüedad, había vuelto a ponerse de moda en Europa.

Conviene decir de paso, que la inoculación de pus extraído de las lesiones de enfermos en vías de curación, como medida preventiva y curativa, al ser practicada, había despertado serias controversias en Francia desde el año de 1756. En la correspondencia de Diderot existe una curiosa carta de firma desconocida, en la cual pintorescamente se habla de la controversia suscitada por La Condamine, a propósito de la mencionada inoculación, en la que al fin y al cabo este sabio salió triunfante de sus contradictores y logró que el Duque de Orleáns, así como sus hijos, el duque de Chartres, más tarde llamado “Felipe Igualdad”, y la señorita de Montpensier, fueran sometidos a la inoculación. Al efecto, y a expensas de grandes honorarios, fué a París el doctor Tronchin, el “célebre alumno de Bøerhaave”, desde Ginebra. Tronchin tuvo éxito al inocular satisfactoriamente y sin complicaciones

a la distinguida familia, y en esa sociedad, mezcla de ilustración y de frivolidad, características del París que precedió a la Revolución, las ganancias económicas y distinciones sociales a Tronchin fueron enormes, según dice la carta de referencia. “La inoculación del señor Duque de Chartres y de Mademoiselle, ha tenido el éxito deseado. Tronchin es el hombre más de moda que actualmente hay en Francia. Todas nuestras mujeres van a consultarlo; la puerta de su casa está sitiada y la calle donde vive, embarazada de carrozas y coches, como los lugares de diversiones. . . En fin, para acabar de pintarnos, nuestros comerciantes de modas han inventado un tocado que llaman gorras estilo inoculación; los vestidos de mañana para las mujeres les han llamado tronchines, porque el señor Tronchin recomienda a las mujeres de pasearse y hacer ejercicio en la mañana. Son necesarios, en consecuencia, tronchines para vestirse pronto y cómodamente. Si se hiciera un diccionario de la nomenclatura de nuestras modas, yo creo que dejaría a la posteridad una gran idea de la solidez de nuestro espíritu”. Hasta aquí el irónico comentario del amigo de Diderot.

De todos modos, la variolización, según parece, había dado resultados, arrojando peligros. Es por eso que se había divulgado por Europa. En América del Norte, Washington la había hecho practicar en el Ejército Revolucionario. A México habían llegado también noticias de la técnica y resultados de la variolización, por lo cual el Arzobispo Núñez de Haro, entre otras disposiciones, recomendaba a los curas de toda su jurisdicción, que convencieran a los fieles acerca de las ventajas de ese método, y que tomaran providencias que en el lenguaje actual serían designadas con el nombre de medidas de orden profiláctico. Una de ellas fué destinar parte del Hospital de San Hipólito, a inocular con pus de convalecientes.

Aunque menos mortífera que la pasada, no dejó esta epidemia de hacer estragos. Carlos María de Bustamante, testigo presencial, dice que “era caso raro ver a una mujer bonita, es decir, que no estuviese marcada de viruelas. Era yo muy niño—continúa— cuando mi padre me llevó a ver las profundas fosas abiertas en el cementerio de la Catedral de Oaxaca (desti-

INSTRUCCION
FORMADA PARA MINISTRAR
LA VACUNA,

como único preservativo del contagio de las viruelas, y en defecto de su fluido inocular con el pus de esta; del modo de conocer y distinguir las calidades de las naturales, y el método de curarlas.

IMPRESA

DE ÓRDEN DEL EXMÔ. SEÑOR
DON FELIX MARIA CALLEJA,
VIREY, GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL
DE ESTA N. E.

á consulta de la Junta superior de Sanidad, y á costa de los fondos públicos, para repartirla por todo el distrito del vireynato á beneficio de la salubridad de los pueblos.

MEXICO: En la oficina de D. Mariano Ontiveros,
año de 1814.

“nadas a las víctimas de epidemia), cuya memoria todavía me “espanta“.

Precisamente por esos días ya Jenner había dado a conocer sus precisas observaciones sobre la inoculación de la pústula de las vacas, cuyo 150o. aniversario hoy conmemoramos.

La introducción de la vacuna Jenneriana a México tuvo estos antecedentes: El año de 1798, siendo rey de España don Carlos IV, padeció viruelas su hija la infanta doña María Luisa, Princesa de Parma. La familia fué vacunada con éxito por el Cirujano Gimbernat, en presencia del médico de cámara Dr. Martínez Sobral. Según dice la cédula de 30 de noviembre de 1798, considerando salvada la familia, “para celebrarlo mandaron SS.MM. “que se vistiese la corte de gala el veinte del corriente, y que en “su Real Capilla se cantase el Tedeum en acción de gracias al “Todopoderoso por tan grande beneficio”. Después, “deseando el “Rey ocurrir a los estragos que causan en los dominios de Indias, “las epidemias frecuentes de viruelas y proporcionar a esos sus “amados vasallos los auxilios que dictan la humanidad, el bien “del Estado y el interés mismo de los particulares, hasta de las “clases más numerosas que por menos pudientes sufren mayores “daños, como de los otros acreedores todos a su real beneficencia, “se ha servido resolver, oído el dictamen del Consejo y de algunos sabios: que se propague a ambas Américas, y si fuere dable “a las Islas Filipinas, a Costa del Real Erario, la inoculación de “la vacuna, acreditada en España y casi en toda Europa, como “un preventivo de las viruelas naturales“.

A este fin se ordenaba formar una expedición marítima compuesta de profesores hábiles, y dirigida por su médico honorario de cámara don Francisco Xavier Balmis, el cual según el itinerario previamente marcado, debería llevar “flúido vacuno en cristales“, y 500 ejemplares del “Tratado Histórico de la Vacuna“, escrito por Moreau y traducido por el mismo Balmis, para ser repartidos. “Finalmente —continúa la real orden dirigida a los funcionarios del entonces extenso dominio español— “espera el “Rey del celo acreditado de vuestra Señoría a su Real Servicio, “y con la persuasión y demás medios suaves que juzgue oportunos, “contribuya a introducir y conservar entre los pueblos de su mando “esta saludable práctica“.

El Dr. Francisco Xavier Balmis nació en Alicante el 2 de diciembre de 1753, de familia de cirujanos, y murió el 12 de febrero de 1819, Recibió el grado de cirujano, en Valencia, el año de 1778.

Viajero por destino, fué en 1775 con una expedición a Argel. Estuvo en México en dos ocasiones: a partir de 1783 durante 5 años, y posteriormente en 1791. En esta última ocasión escribió un estudio acerca de la acción del maguey (ágave) y la begonia en la sífilis y escrófula, que desde el punto de vista del método seguido deja mucho que desear, pero indica su independencia de criterio y amor a la investigación. Sus observaciones fueron hechas en las "Salas de Gálico" del Hospital de San Andrés.

De regreso a España fué nombrado físico de cámara del Rey Carlos IV, aunque no se le menciona en el Acta de Vacunación de la familia real.

La expedición vacunal zarpó de La Coruña llevando como jefe a Francisco Xavier Balmis en la corbeta "María Pita". Llevaba un subjefe, 3 ayudantes, 2 practicantes, 4 enfermeros y 22 niños al cuidado de una enfermera de la Casa de Expósitos, destinados a la conservación del flúido vacuno, por inoculaciones sucesivas de brazo a brazo.

En mayo de 1804, se llegó a Puerto Rico, donde se dividió la expedición; una parte siguió su destino a la América del Sur al mando de don José Salvany; el resto continuó hacia La Habana, donde a su vez se separó una fracción al mando de don Francisco Pastor, con destino a Yucatán, Tabasco, Chiapas y Guatemala.

El resto de la expedición, a cuya cabeza continuaba Balmis, desembarcó en Veracruz, pasó a Puebla y México y después se embarca de nuevo en Acapulco rumbo hacia las Islas Filipinas. Por las ciudades de tránsito, Balmis enseñaba la técnica de la vacunación y de la conservación de la linfa. Estableció juntas para su conservación, y enviaba misiones para propaganda.

Pasa a las Islas Visayas en plena epidemia de viruelas y con los nativos insurreccionados contra el Gobierno Español. Balmis no solamente con la vacuna salvó muchas vidas de sus habitantes, sino que hizo por lo pronto, que esas posesiones no fueran

SUPLEMENTO

A LA GAZETA DE MÉXICO

NUM. 12.

Noticia que se dá al Público de la feliz inoculacion del fluido bacuno que los dias 25 y 26 de Abril del presente año se practicó, por orden del Excmo. Señor Virrey Don Joseph de Iturrigaray, en la Casa de Niños Expósitos de esta Capital, para propagarla en todo el Reyno como preservativo de las viruelas naturales, enemigo desolador de la humanidad.

A UN no habia tomado el mando de estos vastos Dominios el mismo Señor Excmo., quando ya era uno de los proyectos que le inspiraba su celo y conocimientos para hacer felices a los Vassallos que el Rey nuestro Señor es digno poner bajo su mando y gobierno, el introducir la interesante propagacion de la bacuna. Al efecto dispuso S. E. que el Profesor de la clase de primeros de la Real Armada Don Alejandro Arboloya le acompañe á esta Capital, conduciendo unos vidios en que trae el fluido bacuno, é inmediatamente que llegó determinó S. E. inocular á unos Niños de la referida Casa de los Expósitos, lo que se verificó acompañándole al Dr. Don Anselmo Rodríguez, y á presencia del Tribunal del Protomedicato y del Dr. Don Antonio Serrano, Director y Catedrático del Hospital Real; pero muy pronto tuvo el sentimiento de ver de vanidad por entonces sus interesantes estuables intenciones, por no hizo efecto alguno la materia, que en su día habia en la inoculacion perdido la virtud.

perdidas por España, la que al fin debería abandonarlas definitivamente menos de un siglo más tarde. Se dirige después a Macao y a Cantón, en donde toma una navío portugués rumbo a Lisboa, sucediendo en el trayecto el curioso detalle, de que hubo que pasar por la después histórica Isla de Santa Elena, posesión británica atacada de viruelas y en donde se había perdido la linfa vacunal. Aunque Inglaterra estaba entonces en guerra con España, Balmis vacunó y dejó la nueva semilla para la inmunización. Por fin el 7 de septiembre de 1806 desembarcaba Balmis en su patria, después de un viaje alrededor del mundo, cuyos méritos no han sido suficientemente reconocidos ni mucho menos admirados.

Esta expedición cierra el ciclo de las grandes empresas españolas, que empezaron el siglo XV con el descubrimiento de América. La última fué ésta, la de 1803 a 1806. "Balmis y sus compañeros han sido de los médicos que más servicios han hecho a la humanidad y que más gloria reportaron al buen nombre español —comenta Chinchilla—. Tanto honor hace esta empresa a la medicina española, como a la milicia y a la política el descubrimiento de la América por Cristóbal Colón".

Cuando Balmis y su expedición llegaban a Veracruz, la linfa vacunal les había precedido. El Virrey don José Iturrigaray acababa de llegar de España, y en su compañía el Profesor don Alejandro Arboleya, Cirujano de la Real Armada, el cual traía consigo linfa vacunal entre láminas de cristal. Inoculada a varios niños de la Casa de Expósitos, en presencia de don Antonio Serrano, Director Anatómico y Catedrático de Cirugía del Hospital Real, no dió resultado, pues el virus había envejecido en el camino. Fueron inútiles los esfuerzos de encontrar pústulas (cow-pox) en las ubres de las vacas.

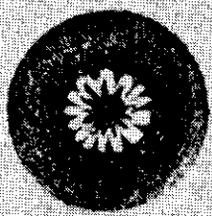
Poco después arribaron a Veracruz las fragatas Anfitrite y La O, procedentes de La Habana. El Ayuntamiento de Veracruz y el médico residente don Florencio Pérez Comoto, enviaron la linfa por correo expreso a la capital. El 25 de abril de 1804 llegó a México el esperado correo; sin pérdida de tiempo, el Doctor Arboleya y el Licenciado José María Navarro se encaminaron a la Casa de Expósitos, donde vacunaron a siete niños, en cinco de los cuales tuvieron éxito. Pocos días después el virrey, en coche de gala y acompañado de personas distinguidas, llevó a su

hijo, de 21 meses de edad, a esa institución benéfica para que fuera vacunado y “desvanecer cualquier ideas, escrúpulos o recelos que son frecuentes en el Público a toda novedad.”

El Ayuntamiento de Veracruz, no conforme con haber enviado la linfa en cristales por correo expreso, mandó a su costa, a varios individuos con pústulas inoculadas de brazo a brazo, quienes llegaron a México el 30 del mismo abril al cuidado del Doctor José María Pérez.

El piloto de la Nave “La O”, don Joseph Angel de Zumará, reclamó el honor de ser mencionado como el primero en traer cepa vacunal al extenso territorio de lo que entonces era Nueva España, por lo que el Virrey mandó insertar su nombre en la Gazeta, lo que se hizo en el número del 27 de octubre de 1804, “para no defraudar a este individuo de la satisfacción que debe resultarle por haber visto logrados sus desvelos, y de la parte de reconocimiento a que es acreedor en el Público por lo que contribuyó a adelantarle un beneficio tan interesante a la humanidad”.

En agosto desembarcó Balmis con destino a México y luego a Acapulco y Filipinas. Su entrada a Puebla de los Angeles, literalmente la describe así La Gaceta de México: “El jueves 20 de septiembre llegó a esta ciudad (Puebla), la real expedición filantrópica de la vacuna, y fué recibida con las demostraciones más grandes de júbilo y aprecio. Noticioso el Ilmo. señor don Manuel Ignacio González del Campillo, Obispo de esta Diócesis y el señor Conde de la Cadena, Gobernador e Intendente de esta ciudad y provincia. . . salieron en sus coches de gala, acompañado el primero, del señor D. Joseph Franco y Gregorio, caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III, y el segundo, de los individuos que componen este ilustre Ayuntamiento, y de otros muchos caballeros de esta ciudad, hasta la garita que llaman de México. Allí tomó en su coche el R. Obispo, al niño que traía la vacuna; el señor Intendente al Director de la Real Expedición Dn. Francisco Xavier de Balmis, y otros sujetos a los demás individuos que componen a dicha expedición. Se dirigió la comitiva a la Santa Iglesia Catedral, a cuyas puertas esperaba el Cabildo Eclesiástico con manteo y bonete a la “Real expedición”,



10^o y 11^o



Botón del 5^o día



4^o día



1^o día vacuna

Grabado ilustrativo de la noticia publicada en "La Gaceta de México" acerca de la utilidad de la vacuna, en 1804

“la que habiendo tomado asiento en las bancas del Ayuntamiento, “inmediatamente después del Presidente señor Conde de la Cadena, “el Ilmo. señor Arzobispo, pronunció un elocuente y breve discurso, “exhortando al pueblo a tributar a Dios las más tiernas y reverentes gracias por el inmenso beneficio que hace a la humanidad, “con el descubrimiento de la vacuna, y pedirle con fervor por la “salud, conservación y prosperidad de nuestro Augusto Soberano, “que a costa de cuantiosos gastos, nos ha remitido tan preciso “preservativo, y a que se presten con docilidad a una operación “tan sencilla como benéfica. Concluido el discurso que produjo “en todos los que le escucharon, la más agradable ternura y principalmente en los individuos de la expedición, se cantó por el “Coro de esta Catedral, un solemne Te Deum y después... dió el “Sr. Obispo la bendición al pueblo. Toda la comitiva acompañó “con las señales más vivas de alegría a la real expedición hasta “la casa que para su alojamiento tenía preparada el ilustre Ayuntamiento...” El sábado 22 al tiempo que de orden del señor “intendente se publicaba el bando con la mayor solemnidad, los “familiares del Ilmo. señor Obispo comenzaron a repartir la Pastoral... con el importante fin de exhortar a sus Diocesanos a “que se prestaran con docilidad a la vacuna...” Al día siguiente se procedió a practicar la vacunación en presencia de los señores Intendente y Obispo, a 230 personas, no habiendo sido posible vacunar a más, debido a que se había acabado la linfa. Los días subsecuentes se siguió vacunando sin dejar de instalarse la **“Junta para la propagación y conservación de la vacuna”**, para cuyo efecto al activo Obispo invitó a las más prominentes figuras del Clero; y el Intendente a los Ayuntamientos, Jefes Militares y vecinos principales. En habitaciones del Palacio Episcopal, que habían sido destinadas a la vacuna y a Juntas, previos discursos elocuentes “de los señores Obispo e Intendente se tocó por la música de la “Catedral, que se hallaba en otra pieza inmediata, una preciosa “sinfonía”, con lo que terminó el solemne acto de instalación de la flamante **Junta para la Conservación y Propagación de la Vacuna.**

Si poco antes de la llegada del Dr. Balmis a la Capital de la Nueva España se había ya practicado en circunstancias ya narradas la vacuna Jenneriana por el Doctor Arboleya, la llegada de la

expedición hizo que se extendiera como un incendio hasta las más apartadas regiones. De todas partes, los cirujanos, el Ayuntamiento, los curas, los comandantes militares, los misioneros, los soldados de puestos lejanos, las autoridades indias con varas de justicia, disputábanse el privilegio de contar con la vacuna, la cual se repartía con rapidez pasmosa.

Es imposible narrar cómo llegó la vacuna a las principales ciudades. Bástenos citar algunas.

A Chihuahua llegó el 21 de mayo un correo expreso llevando el flúido entre cristales de la cepa traída en la fragata "La O". El cirujano Jaime Gurza lo inoculó a un niño del cual, cuando las pústulas hubieron madurado, lo hizo a María Luisa Salcedo de 6 meses de edad, hija del brigadier don Nemesio Salcedo, Comandante General de las Provincias Internas. Veintiuna personas con vacunas prendidas sirvieron de cepas, con lo que "pricipió el "enunciado jefe, a tomar las providencias necesarias para que "tan estimables beneficios participaran aún los pueblos más remotos del vasto distrito de su mando". Como en Chihuahua no había más cirujano que don Jaime Gurza, señaló una casa especial para la vacunación y para enseñar a los "practicantes del "Hospital General, sangradores y barberos de la misma villa y los "de los presidios de Nueva Vizcaya (hoy Coahuila) y con ese intento hizo venir a proporcionado número de niños, de quienes, "después de bien instruídos, pudiesen, como se ha hecho, conducir "a los pueblos de su procedencia y demás poblaciones para que "se generalice la vacuna transmitiéndola de brazo a brazo". Un "regidor del Ayuntamiento estuvo presente para llevar "circunstanciada relación de cuanto ocurría digno de noticia, para la "debida constancia". Las providencias tomadas se encaminaron para llevar la vacuna hasta la remotísima provincia de Nuevo México.

En poco tiempo pasaban de 2,500 personas las vacunadas tan sólo en el interior de la entonces casi despoblada provincia de Nueva Vizcaya.

El cirujano Gurza localizó las pústulas en las vacas de la región. Ignoro sus conclusiones y beneficios de su hallazgo, pero

**DEMOSTRACION
DE LAS EFICACES VIRTUDES**

NUEVAMENTE DESCUBIERTAS

EN LAS RAICES DE DOS PLANTAS

DE NUEVA-ESPAÑA,

ESPECIES DE ÁGAVE Y DE BEGÓNIA,

PARA LA CURACION

DEL VICIO VENEREO Y ESCROFULOSO,

**Y de otras graves enfermedades que resisten
al uso del Mercurio, y demas remedios
conocidos.**

POR EL LICENCIADO

DON FRANCISCO XAVIER BALMIS,

*Cirujano Consultor de los Reales Ejercitos, y Socio
de la Real Academia Médica-Matritense, Comisionado
por S. M. para la comprobacion que se ha
hecho en Madrid y Sitios Reales, de la eficacia
de ambas raices.*



MADRID MDCCXCIV.

**EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA DE D. JOAQUIN IBARRA.
CON SUPERIOR PERMISO.**

sí hizo la atinada observación de que la vacuna es inofensiva en niños con padecimientos febriles graves.

A Guadalajara llegó la vacuna el 7 de agosto, gracias a los esfuerzos del Administrador de Correos, don Vicente Garro, y a los de Don Joseph Francisco Araujo, director médico cirujano de la Península de la Antigua California. Los primeros en vacunarse fueron los hijos del funcionario postal, habiendo prendido en Cesáreo, niño de 2 años de edad, y según dice la comunicación respectiva: "Resolvió el administrador Garro iniciar y convidar "a varias personas de distinción para que se resolviesen a vacunar "a sus hijos, el día 27 en que debía extraerse el pus a Cesarito, "cuyo padre, en prosecución de su celo patriótico, hizo llamar y "conducir a su casa a varios pobres a quienes exhortó y procedió "a que trajeran a sus hijos a la casa Administración, que fué "teatro en que se hizo la vacunación a los niños Casillas, Valdivia "y Barrera."

El Ayuntamiento de Veracruz envió a Campeche a don Miguel José Monzón, cirujano de la real armada, quien vacunó en cortísimo tiempo a 3,666 personas y logró mediante inoculación de brazo a brazo, que la linfa conservara su actividad durante la navegación, en aquella época demasiado tardía de Veracruz a Campeche. Ya para entonces, Antonio Gutiérrez había llevado 4 niños de Mérida, como cepa a Ciudad del Carmen, a Tabasco y Guatemala.

A la Alta California, parte integrante entonces de México, no llegó linfa fresca, debido a las enormes distancias que había que recorrer. Pero al fin, según declaraciones del Gobernador Arrillaga, el año de 1806 pudieron ejecutarse ya las primeras vacunaciones gracias a que se encontraron casos de "cow-pox" en las cercanías del Puerto de Monterrey (California). Posteriormente, en 1817, José Verdía ejecutaba vacunaciones de brazo a brazo. Consumada la Independencia de México, el Gobernador don José María Echeandía recomendaba en marzo de 1828 a los comandantes militares a sus órdenes, que "tomaran todas las medidas "que fuese posible para hacer que la vacuna preservara a los habitantes de la plaga de la viruela". Cook, citado por Izquierdo,

insiste en los plausibles esfuerzos de las autoridades españolas y mexicanas para la propagación de la vacuna.

Estos hechos, afirmados por autores norteamericanos, son de gran importancia. Porque en la Facultad de Medicina de San Francisco, ciudad mexicana hasta 1848, existen unos cuadros murales pintados al fresco, tratando de representar la Historia de la Medicina en California. Fueron ejecutados, en las horas libres que le dejaba su oficio de tapicero, por un señor Zakheim, discípulo de Diego Rivera.

Una de las escenas representa una gran falsedad: la introducción de la vacuna a esa región, el año de 1828, por un oscuro aventurero llamado James O. Pattie. Pero lo peor es que esa escena, además de falsa, es denigrante para México, pues representa al consabido aventurero vacunando al gobernador mexicano Echandía. Este, de uniforme militar, en actitud francamente ridícula, tiene que ser sostenido de las axilas por un soldado, para no caer al suelo.

El lamentable descuido de la historia de nuestra Medicina hubiera dejado sin rectificar tan falsa como injusta escena que puede despertar en aquellos que la observan una reacción despectiva para los antiguos californianos, es decir, mexicanos, que fueron los primeros en llevar la civilización a esas extensas regiones. En un interesante impreso, el Dr. D. José Joaquín Izquierdo, después de minucioso análisis, rectifica la falsa y denigrante escena y expresa que: "Aplaudiría que las voluntades que desean "la verdadera confraternidad entre los diferentes habitantes de "nuestro continente Americano, hicieran que esa escena quedara "sustituída por otra. Posiblemente por las primeras vacunaciones "de 1806, a partir del "cow-pox" autóctono o por la de la importación de la vacuna en 1817. O todavía mejor, por alguna escena "que hiciera constar que precisamente hacia la misma época, las "cadenas de los esclavos de California eran rotas por México, con "más de un tercio de siglo de anterioridad al resto de los Estados "del Sur de la Unión Americana".

Volviendo a la ciudad de México, diremos que la linfa vacunal traída del otro continente era demasiado preciosa para que se la dejara perder. Aun durante la sangrienta Guerra de Independen-

dencia, el año de 1814, el Ayuntamiento de la Capital activó considerablemente su propagación, estimulando a la "Junta Patriótica". Al frente del Dr. Serrano comenzó la activa campaña de vacunación, siendo los regidores del Ayuntamiento, y sus hijos los primeros en someterse. El mismo año, el General Insurgente López Rayón hacía vacunar a sus guerrilleros en Zacatlán.

Cuando la guerra de Independencia terminó, México recorrió una vía dolorosa de guerras civiles y extranjeras; pero la vacuna, a pesar de todo, se siguió conservando como fuego sagrado. Esa lámpara votiva fué cuidada por una figura ya desgastada por el tiempo, pero que es preciso recordar con veneración, porque fué uno de los principales médicos del pasado siglo; me refiero al doctor José Miguel Muñoz.

Nació a fines del siglo XVIII en una casa de las calles de San Miguel, de honorable familia perteneciente a nuestra clase media. Huérfano a los doce años, entró de aprendiz a una barbería de la calle del Rastro (hoy Pino Suárez), cuyo dueño practicaba el oficio clasificado entonces de cirujano romancista y flebotomiano o sangrador. Muñoz aprendió y después propagó la rudimentaria cirugía de su maestro. En esa barbería lo conoció el doctor Balmis, al cual llamó la atención su habilidad, inteligencia y rectitud, y según dice el mismo Muñoz, el año de 1804 recibió personalmente del doctor Balmis, "el grano vacuno para mis "primeras operaciones y del mismo tuve el alto honor de ser "propuesto al Virrey para servir la comisión que conservo". Esto lo decía en 1840.

Muñoz pugnó por la reforma a la enseñanza médica cuando fué miembro del Congreso de la Unión. Fué de los primeros que operaron cataratas en México, para lo cual fabricó instrumentos que no había manera de adquirir. Construyó la pierna artificial que usó Antonio López de Santa Anna después de la mutilación que este general sufrió en Veracruz, en 1838, cuando la primera guerra con Francia. Fué de los hombres más útiles a su patria y más querido a pesar de su áspero carácter. Guillermo Prieto, el inolvidable "Fidel", dejó de él en sus Memorias, un ameno retrato literario.

Pero lo que hace al Dr. Muñoz acreedor a nuestra gratitud,

es que aun en las más sombrías jornadas de nuestra historia, hasta el año de 1855 en que murió, su anhelo constante fué la conservación y divulgación de la vacuna. Lo hizo en un lugar que hasta la fecha, a pesar de estar cerca de una de nuestras modernas Avenidas (la de 20 de Noviembre), se conserva como un tranquilo rincón que parece haber resistido al tiempo: el cuadrante de la Iglesia de San Miguel, donde fundado a expensas del cura D. José María Güereña, existía un modesto local en el que el doctor José Miguel Muñoz, durante 51 años (1804-1855) día tras día y año tras año, hacía porque no se repitiera en su querida ciudad, y no se repitieron, las dramáticas escenas que por las viruelas se habían visto durante el siglo en que nació.

Esta es la historia de lo más saliente de la Introducción de la Vacuna a México.

Honra fué, tan grande acontecimiento, de Inglaterra, patria en cuyo suelo nació Eduardo Jenner; de España, madre de naciones que en el pleno ocaso de su gloria mandó a tierras lejanas un legado de salud y bienestar; y de México, quien recibió con aspectos de apoteosis a los portadores del valioso legado, que supo conservar.